

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, marzo de 1951

Núm. 985

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7-1.º Telf. 3988

GIJÓN

JACOB, EL VERDUGO

¡Abre, por Baco! Exclamó el decurión, a tiempo que golpeaba con sus sandalias la carcomida puerta de la casa de Jacob, el pobre sayón judío a sueldo de Roma. Levantóse éste del estrado donde yacía, arrastrándose hasta la puerta, que abrió después de quitar el rastrillo que la sujetaba.

A sus ojos apareció la arrogante figura del decurión, cubierta por pesada armadura que brillaba herida por los rayos del Sol. Miró con semblante adusto a Jacob a tiempo que le decía:

—Ya deberías de saber que es tu presencia necesaria en el Pretorio. Pilatos ha sentenciado a la cruz a Jesús de Nazaret. Vete y prepara lo necesario para la crucifixión. ¡Ve de prisa! Pues que antes de la hora sexta debe cumplirse la sentencia.

Y sin decir más dió media vuelta y desapareció, haciendo crujir su armadura relumbrante.

Era Jacob un hombre de veintiocho años de edad, de catadura desmedrada aspecto y fisonomía vulgares, más cargada esta última de tintes melancólicos y sombríos; el sufrimiento físico y moral había dejado huellas en su semblante pálido. Cubría su cuerpo con una túnica raída y de un color indefinible.

De una caída que sufrió siendo niño había quedado baldado de sus dos pies, que quedaron torsionados, lo cual, a más de causarle periódicamente dolores acerbos, le impedía andar de un modo normal. Huérfano desde muy niño, jamás resonaron en sus oídos frases cariñosas; la palabra amor era para él un vocablo sin significado; en sus oídos jamás repercutieron otras frases que las desdeñosas e insultantes de los romanos y las indiferentes o llenas de odio de sus compatriotas.

Después de entornar la puerta de su choza con la mayor rapidez posible se encaminó al Pretorio. Al pensar que iba a crucificar otra nueva víctima, maldecía el día aquel en que movido por el hambre se acercó a la cohorte de legionarios, que subía de Jericó a Jerusalén, pidiéndoles un poco de pan,

—¡Aparta, perro!, miserable carroña —le dijeron los soldados.

—¡Mirad, camaradas! En lo cojo y feo se parece a Vulcano — dijo otro, dándole un golpe con su lanza.

Pero el centurión de la cohorte, al pasar junto a él miróle y de repente ocurriósele una idea; detuvo su corcel y le dijo:

—Si quieres venir conmigo yo te proporcionaré un trabajo con el que podrás ganar tu pan.

—¿Y cuál?—preguntó Jacob, fijando sus ojos asombrados en el romano.

—Pues ven al Pretorio de Jerusalén y allí estarás de ayudante de los lictores.

Dudó por un momento Jacob; mas al considerar su vida de mendigo vagabundo y las fuertes voces de su estómago, le hicieron aceptar. Desde entonces dejó de mendigar, pero su situación no mejoró. Debido a su origen judío y a su cojera, era el escarnio de la soldadesca, que además muchas veces le maltrataba de hecho. Sus compatriotas, viéndole al servicio de sus tiranos odiados (con los que convivía) le hacían partícipe de ese mismo odio. Y más de una vez hubieranle apedreado a no ser por la protección que le dispensaban los romanos.

Cuando llegó al Pretorio vió una inusitada multitud que se apiñaba en torno de él gritando. Extrañóle no poco el ver que sus compatriotas no le recibían con amenazas e insultos, sino que le dejaban el paso franco. Cuando llegó al tribunal ayudó a los lictores a preparar las cruces, que él mismo cargó a los hombros de los sentenciados. Y tomando una cesta con clavos y otras herramientas y útiles, dirigióse al Gólgota con los demás de la comitiva. El iba al lado de los crucíferos, la multitud se aglomeraba al paso de tal manera que sólo a viva fuerza lograban abrirse camino. Todos querían contemplar al crucífero que iba en medio, Jesús de Nazaret. Jacob recordaba haber oído alguna vez hablar de él a los soldados; decían que era un hombre prodigioso, gran profeta y taumaturgo. El pregonero que iba delante gritaba: «Jesús de Nazaret que se dice hijo de Dios, alborotador del pueblo, ante el que se proclama

rey de Israel, sublevándole contra César. ¡Jesús hijo de Dios!».

Impresionado quedó Jacob ante aquella voz. Movido por un sentimiento de curiosidad, aproximóse a Jesús, que en aquel momento, habiéndose tropezado en una piedra, se derrumbó bajo el peso de su cruz. Ayudóle a levantarse y Jesús clavó en él una mirada llena de agradecimiento y de ternura como la de una madre más llena de majestad e imperio, como sólo un Dios podía mirar. Ante aquella mirada sintió Jacob temblar de emoción su espíritu. ¿Quién era por ventura el Mesías? Mas pensó: ¿El Mesías conducido a ser crucificado? ¿El hijo de Dios bajo el poder de Roma? No podía ser.

Jacob, cumpliendo con su oficio, había ayudado a clavar en sus cruces a los dos ladrones; sólo a la fuerza lo pudo lograr; allí estaban retorciéndose de dolor y profiriendo blasfemias e imprecaciones. Jesús, mientras tanto había permanecido sereno, sin inmutarse. Dirigiéronse a él los soldados, desnudáronle y él a su mandato echóse sobre su cruz. Claváronle las dos manos y de sus labios no salió una queja. Jacob, mientras los soldados clavaban las manos, tomó un clavo y dirigióse a los pies del reo, miró a su cara y la vió serena ante el dolor, con un gesto de amor y en sus ojos una majestad imponente; la mirada aquella le atraía, y al influjo de su fascinación sintió que caían de sus manos el clavo y el martillo.

—¿Qué haces así, perro judío? ¿Quieres por ventura que te clave yo a tí de una lanzada en el suelo?

Volvióse y se encontró con la mirada dura del centurión, que era quien le hablaba. Reaccionó Jacob ante la dura amenaza, cogió los pies de Jesús y mirándolos espantado puso el clavo en ellos y golpeó con su mazó. Y como si los suyos hubiese atravesado, sintió el agudo dolor, que hacía tiempo no le atormentaba. Miró de nuevo a Jesús, que volvió a él su vista llena de amor, y movido de un impulso extraño acercó sus labios a los pies sangrantes y los besó. Ayudó a levantar las cruces y, aturdido, sentóse a los pies de la de Jesús, que en aquel momento exclamó: «Padre, perdónalos; no saben lo que hacen». Levantó la cabeza hacia el crucificado y sólo pudo ver los pies chorreando sangre cual

un manojo de blancos lirios teñidos en púrpura, que hubiese brotado el madero. Causáronle viva impresión y desde entonces no los pudo apartar de su mente.

Claro era el día aquel de primavera; el cielo, de azul purísimo, tendía sus transparentes tules, a modo de inmenso dosel, por cima de la ciudad santa. El sol alumbraba magnífico, esplendente, arrancando argentadas luces a los verdegueantes sembrados, recorriendo en el marco de sus luces las siluetas de los olivos y los cedros que coronaban las colinas; las palmas se mecían suavemente arrulladas por el aura cargadas de aromas; las alondras daban gritos jubilosos y en la sombra espesa de los olivares se escuchaba el lamento armonioso de los ruiseñores. Jerusalén deslumbraba al herir el sol las blancas cúpulas y minaretes de sus palacios, y en medio de ella se elevaba, brillante como un ascua, la maravilla soberbia de su templo, sobre el que parecía que flotaba la sombra augusta de Jehová.

Jacob, inclinada su cabeza sobre el pecho, meditabundo, iba pasando con lento andar bajo los copudos olivos que bordeaban el Cedrón.

Cuarenta y un días habían transcurrido desde la terrible tarde de la Parasceve. Iba recordando como había visto oscurecerse el sol y temblar la tierra, estremecida de dolor, y aún resonaban en sus oídos las palabras del centurión. «Verdaderamente que éste era el Hijo de Dios». Sentía clavadas en su alma las dulces miradas del ajusticiado. Y ante él veía los pies de Jesús atravesados con el duro clavo que él había clavado. Desde aquel día, el dolor de los suyos, enfermos, no había cesado.

De pronto vió venir en su misma dirección un grupo numeroso de gente rodeando a una persona de alta estatura, vestida con blancas vestiduras que deslumbraban; su porte majestuoso tenía la augusta presencia de un Dios; en haces dorados le caían los cabellos sobre la espalda. Jacob le miró cuando pasaba, y al volver él su vista encontróse con la misma mirada de ternura y amor con que el crucificado le mirara. Jacob, atónito, cayó de rodillas, quiso gritar y su lengua permaneció pegada al paladar. Creyó por un momento que su vista le engañaba, restregóse la con las manos y miró de nuevo. ¡No había duda! Era Jesús el crucificado. Prorrumpió en un mar de sollozos y lágrimas y siguió como pudo al grupo, que caminaba ligero hacia la cumbre del Olivete. Cuando llegaron a ella Jesús paróse, paseó su mirada por el horizonte y fijóla en Jerusalén. Entonces dijo a los que le rodeaban. «Id y bautizad a las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» Y dicho esto comenzó a elevarse triunfante por los aires, su cara se volvía luminosa y había en ella el gesto del triunfador. Jacob precipitose al centro del grupo y quiso arrojarle a los pies divinos para abrazarlos y regar con sus lágrimas las llagas que

en ellos resplandecían como rojos carbunclos; tendió los brazos hacia Cristo exclamando: «¡Hijo de David, apládate de mí!» Al momento sintió que el dolor desaparecía de sus pies enfermos. Asombrado, miró a ellos y vió que no estaban torsionados, como siempre habían estado; sintió vida y fuerza nueva en ellos, probó a moverlos del sitio y entonces vió que los había puesto en unas huellas maravillosamente talladas en la roca, las huellas de Jesús con las llagas en medio de ellas. Este al subir al cielo, dejaba en la tierra un recuerdo de su estancia en ella. Jacob prosternose en tierra besándolas con efusión, mientras lágrimas de amor se deslizaban de sus ojos. Después elevó su vista a Cristo ascendente, que en aquel momento desaparecía tras nube resplandeciente y exclamó: «¡Jesús, hijo de David, creo que tú eres el Mesías prometido de Israel.

BRAULIO SANTAMARIA.

Charla

—¿Qué le pareció a Vd. el resultado del partido del domingo?

—No estuvo mal. Se esperaba. Aunque en futbol las circunstancias mandan y nos dan bastantes sustos.

—Yo conseguí 11 puntos en mi quiniela. ¿Y Vd. que tal anduvo de puntuación?

—Yo no hago quinielas.

—Pero es posible. Vd. es el único.

—No. Hay alguno más. No soy sólo.

—Pero Vd. sigue la marcha del futbol, ¿no es así?

—Exactamente; pero sin apasionamiento

—¿Fué Vd. al último partido?

—Nunca entré en ningún campo de futbol.

—¡Como!. ¿Es posible?

—Ciertamente. No se asuste ni me considere un hombre fuera de la civilización.

—Pero eso es rarísimo.

—No tanto. A mi me gusta saber de la marcha de los partidos. Deseo que gane nuestro equipo. Y hasta acuso un poco la pérdida cuando se fracasa; pero me pasa enseguida y no discuto durante la semana entera y a todas horas como si de algo muy importante se tratara. Un rato... y nada más.

—Esa ecuanimidad es no corriente.

—...Y conozco de referencia a casi todos los jugadores, me interesa su alineación, saber cómo jugaron, y las incidencias de los partidos... hasta me entretiene oír por radio los partidos internacionales y las crónicas deportivas.

—Eso es algo así como un futbol teórico

—Simplemente gustó por el deporte sin obsesión deportiva.

—Es muy difícil mantenerse ecuaníme en un partido de futbol.

—Sí, ya lo sé. Es corriente el insulto grosero, el griterio constante, el aplauso apasionado endiosando al futbolista A o B, por una jugada genial, para echarle por los suelos con la mayor desconsideración si tiene un pequeño fracaso, sin respetar ni a sus antepasados.

—Eso es emoción deportiva.

—Eso es, amigo mio, emoción antideportiva. Pues en el juego es donde se conocen los caballeros y los rufianes aunque vayan vestidos con elegancia. Hay que saber ganar y hasta saber perder. Y en todo momento, no desfallecer ni dejarse llevar de la pasión, en los momentos malos, pues incluso nuestro equipo precisa del ánimo constante de su público y sobre todo cuando se va perdiendo para remediar el mal resultado en lo que se pueda.

—Como se conoce que Vd. no va a los campos de deporte.

—Tal vez me contagiaria del ambiente por eso hago con los partidos de futbol como con la gripe y demás enfermedades contagiosas; procuro aislarme para evitar el contagio.

—No sé si admirarle o compadecerle, Pues la emoción ante un partido vivida en el campo es enorme.

—Lo creo; pero tambien haríamos muchas cosas si fuésemos a dejarnos llevar por nuestras inclinaciones y sin embargo un poco de fuerza de voluntad nos evitan después un contagio peligroso.

—Entonces Vd. ¿recomienda la no asistencia a los partidos?

—De ningun modo. Me parece muy natural y hasta creo con los "medallas de oro del futbol astur" que el tiempo y el ascenso a Primera División traerán una mayor deportividad y ecuanimidad del futbol por educación de masas.

—Para esa fecha, le espero a Vd. en el Campo del Molinón.

—Pudiera ser. No lo vea Vd. tan difícil.

—¿Y no cree Vd. que el futbol es el gran medio de distraer a la juventud para evitarle otras inclinaciones que puedan perjudicarla?

—Efectivamente; pero no caigamos en extremos siempre viciosos, haciendo idolos de los jugadores y guardando sus estampas como reliquias en nuestra cartera. No exageremos el deporte. Ya es bastante que lo hayan materializado con el profesionalismo, pues al fin y al cabo, era más deporte y más emotivo aquel deporte de aficionados de hace años que jugaban románticamente sin cotizarse en bolsa los jugadores como los valores industriales y corriendo por esos campos gratuitamente por sólo una afición y un entusiasmo en que se conuinaba lo regional y lo deportivo.

—Algo de eso tiene Vd. razón.

—A mi me parece que por completo.

—Pero... eso de que no entró Vd. nunca en un campo de futbol...

—A pesar de mi interés deportivo...

—Por eso me extraña más. Yo creo, tiene bastante mérito.

—Así espero que se me reconozca y hasta confío en que se me haga un homenaje. No pierdo la esperanza.

DON JUSTO

El periódico católico puede llegar a todos los hogares, donde no llega el sacerdote.

¡Reo es de muerte! ¡Crucificado sea!

Jesús lo puede todo; su mirada tiene poder y fuerza para que el mundo se transforme en nada, para que el sol su trayectoria tuerza, para que el firmamento se desgaje, para que el mar, alzando su oleaje, todo lo cubra y lo destruya todo; para truncar la cumbre soberana, para undir las estrellas en el lodo y aniquilar a la injusticia humana.

Y es el Hijo de Dios omnipotente, y es Dios, y su existencia brilla como alborada resplandeciente de paz, de sacrificio, de clemencia... y se inclina ante el juez... ¡Y es inocente y aguarda la sentencia!

Desde Anás y Caifás hasta Pilato, lo torpe, lo insensato, lo más cobarde de la impura envidia ruge y fermenta en odio al Nazareno; como reptil se enrosca la perfidia destilando veneno en la perversa entraña de los jueces... Del cáliz bebe las amargas heces el Mártir que redime... Todo lo puede y sabe su destino... Ni protesta ni gime; paso a paso recorre su camino y avanza hasta el final de la existencia como raudal de amor magnificante... Y se inclina ante el juez... ¡Y es inocente y aguarda la sentencia!

Más que la piedra inmovible y duro dice el malvado juez: "Yo te conjuro, de parte de Dios vivo, que declares si eres Hijo de Dios, si eres el Cristo..." Cuajándose en silencio tierra y mares. —¡Yo soy!— clamó el Rabí, mirando al Cielo Su voz era consuelo que aún palpita a través de las centurias. —¡Yo soy!

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La maldad ha conseguido su objeto: Jesús de Nazaret agoniza crucificado entre dos ladrones.

Va en la cruz, el Maestro sigue enseñando a todos el camino, la verdad y la verdadera vida

Sus dos primeras palabras son una humillación para sus asesinos. Los sufrimientos y las injusticias con El cometidas no han conseguido arrancar ni una queja, ni una censura, ni una palabra de desesperación y amargura.

Cuando su cuerpo fué elevado sobre la multitud, Jesús de Nazaret, pronuncia su primera palabra: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Y en su segunda palabra, perdona y ofrece la gloria eterna al ladrón que grita su arrepentimiento desde lo alto de la cruz.

Siempre el perdón y siempre la misericordia.

Preguntaba, cierto día, a un santo varón un buen amigo, que cual era el remedio para satisfacer su sed de venganza contra cierto agravio que le había hecho un com-

Y desatáronse las furias contra el Hijo de Dios, tres veces fuerte; contra el Santo Rabí de Galilea... Y la turba gritó: "¡Reo es de muerte!" Y el juez mandó: "Crucificado sea!"

Sabe Jesús la suerte que le aguarda del Gólgota en la cumbre, sabe bien que su muerte romperá con horrenda pesadumbre el alma de la Madre bien amada... Puede evitar suplicios y dolores... Vuelve a elevar al Cielo la mirada... Y Jesús, el amor de los amores, se inclina humildemente renunciando a mostrar su omnipotencia... Quiere al mundo salvar... ¡Y el inocente acata la sentencia!

Por compasión hacia el linaje humano — que es verdugo y tirano, — por santa compasión hacia el linaje, que con sangre de Dios será redento, Jesús acepta el golpe y el ultraje su pecho, luminoso firmamento esmaltado por soles de ternura, tiene de los panales la dulzura... Por ser así no rompe la condena, y aunque su voz al populacho irrite, —¡Soy el Hijo de Dios!— Jesús repite... y ha veinte siglos que su voz resuena.

Pobres hermanos míos: Cuando el dolor quebrante vuestros bríos y el rencor os persiga; cuando se tuerza la justicia humana y, ciega de furor, como enemiga se ensañe con crueldades de tirana... limitad a Jesús!

Menos que lodo es el pueblo deicida. Y El reina más allá, Señor de todo, raudal de eterna vida.

M. R. Blanco-Belmonte.

pañero de trabajo con bastante perjuicio económico. Quería olvidar sus deseos de venganza, y cada vez le resultaba más difícil reprimirlos, por eso buscaba consejo del varón santo y prudente.

—¿Que puedo hacer, sin dejar de vengarme? preguntaba.

Y el santo varón, con una sencillez extraordinaria, le contestó:

—Véngate de él.

—Ah, ¿pero Vd. cree que mi venganza es justa, que Dios no se ofenderá por ello?

—No, amigo mio. Tu venganza es justa; pero procura que merezca el calificativo de verdadera venganza.

—¿Y cual venganza cree Vd. más fuerte y eficaz?

—La venganza, hijo mío, es más cruel, por decirlo así hablando humanamente, cuanto mayor es la humillación a que se someta la víctima.

—Esa, esa, venganza quiero yo. ¿Como se llama?

—Se llama... perdón.

—La sorpresa desconcertó de momento al impetuoso vengador de agravios y su lengua permaneció muda esperando una explicación que no veía de momento.

—Si, amigo mio, nada más humillante para una persona de quien se ha recibido un agravio que escuchar de labios del ofen-

dido una palabra de amor cristiano, y una mano afectuosa que se ofrece para perdonar.

Cuando se espera la réplica dura y vengadora del ofendido y en su lugar se escuchan palabras de perdón que le dicen:

—Te perdono, pues no sabias bien la ofensa que me ibas hacer. No lo hagas más conmigo.

Cuando esto se escucha por muy dura que sea la inteligencia de quien nos ofende, forzosamente tiene que reaccionar y sentirse humillado de la grandeza de un corazón que se venga del agravio, perdonando.

Véngate de esa forma y tu sed de venganza quedará plenamente satisfecha.

El consejo del santo varón, fué un consejo justo y acertado. Nada más grande que saber perdonar. Solo los espíritus fuertes saben hacerlo y ello indica no solamente un recto proceder cristiano, sino una grandeza de corazón que nos lleva a cumplir uno de los grandes mandatos de Jesús de Nazaret.

El perdonó siempre y cubrió con su misericordia a los pecadores doloridos que sentían la fuerza del arrepentimiento.

Si El perdonó, a pesar de haber recibido tantos agravios y tantas injusticias, nosotros cuyos agravios merecemos, ¿no hemos de perdonar también?

En toda su vida pública hasta los últimos momentos de su vida en la cruz, Jesús de Nazaret, a todos iba ofreciendo el perdón con su misericordia.

R.

La independencia española

El pueblo español fué siempre rebelde a toda tiranía extranjera.

En las distintas invasiones padecidas el espíritu de independencia logró, mas tarde o mas temprano, arrojar de sus tierras al invasor.

Sus enemigos mas fuertes y mas audaces no lograron nunca verlo humillado y cuando creían que su ruina era completa, veían con asombro que el edificio estaba íntegro y que la victoria había sido solo un paréntesis.

Desfilaron por nuestra patria fenicios y griegos, cartagineses y romanos, godos y musulmanes, franceses y antiespañoles. Todos ellos fueron recorriendo los caminos de la patria hispana, dejando trás de sí con la derrota, la vergüenza y el deshonra, pues siempre la traición y las malas artes, fueron las armas de que se valieron los invasores para sus primeros triunfos en España.

Unas veces son los Pirineos los que ven pasar primero, orgullosos y triunfantes las huestes de los invasores para verlas mas tarde regresar vencidas y humilladas. Otras, es el estrecho de Gibraltar, testigo de una derrota arrancada a través de los siglos con la constancia de un ideal mantenido por varias generaciones. Pero siempre mas tarde o mas temprano, el pueblo terminó por arrojar a sus invasores del suelo de la patria.

La historia de España, enseña al mundo entero la lección repetida del resultado de sus invasiones. Y el mundo sabe muy bien sacar consecuencias de esta historia que revela un carácter permanente y eterno que no se puede olvidar ni dejar de tener en cuenta.

DIAZ DE VIVAR

Comentando

¡ LLUEVE !

Y llueve bastante. A mí, al menos, me parece que con exceso. Sin embargo, nunca llueve a gusto de todos. Los "pantanistas" siguen pidiendo agua y nieve, los "agrarios" dicen que ya está bien.

Y las oraciones siguen subiendo a lo Alto, de unos pidiendo más agua, y otros pidiendo más sol.

Es muy probable que allá arriba no

tengan en cuenta dichas peticiones contradictorias, pues humanamente pensando no se cómo se las arreglarían para complacer a todos. Tal vez localizando agua y sol, según las peticiones.

Pero tampoco; pues en un mismo rincón es preciso el agua y es preciso el sol.

En fin, dejemos a Dios que haga lo que mas convenga.

El hombre no es capaz de gobernar una casa, una ciudad o un pueblo y mal andaría el mundo si la naturaleza se dejase guiar por las decisiones humanas. Imaginaos que una democracia rigiese los destinos de la naturaleza y ya podréis suponer las consecuencias que padeceríamos todos.

Dios dejó al hombre plena libertad para que él organizase el gobierno de los pueblos y ya vemos todos como anda el mundo de bien dirigido. Pues si llega ha hacer lo mismo con la naturaleza, dejándola a disposición del hombre según su conveniencia, es muy probable que a estas horas ya no existiera el mundo, pues tal parece,

que el hombre se ha propuesto destrozarla, como destroza el niño el caballo de cartón por el placer de destruir y de curiosear en sus entrañas.

Sigan los "pantanistas y los "agrarios" clamando por el agua y el sol y que Dios haga lo que mejor le parezca.

Por nuestra parte solo quisiéramos que eso del agua, se localizase en las tierras de labranza o en los pantanos, pero al hombre de la ciudad, le están ya saliendo escamas y algo de reuma también.

SUSTITUTO

Lector:

ayuda a la propagación de este periódico.

Por 3 pesetas mensuales se reparten 10 números de propaganda.

CESAR A. PRIETO - PINTOR

Avda. El Molinón, 2

Teléfono 3115

GIJON

Almacenes

MATERIALES de CONSTRUCCION
ROCALLA

Planchas de cubrición
acanaladas y lisas.

Arbués

Covadonga, 27 (esquina al Parque Infantil)
Teléf. 1817
GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Máquinas de coser y bordar

“ ALFA ”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)